



BACK TO SCHOOL

BACK TO SCHOOL

BACK TO SCHOOL

BACK TO SCHOOL

BACK

BACK

$A+B=C$

$A+B=C$

iY a vale! ¡Basta de risitas y comentarios!

Sí, en realidad no me llamo Tonia, ni mi apellido es Flowers. Mi nombre completo —solo os lo voy a repetir esta vez— es Antonia Flores Pérez, y llevo doce años aguantando este suplicio. Pero ya he tenido suficiente; mi propósito al empezar este curso ha sido: nombre nuevo, vida nueva.

A mi entender tracé el mejor de los planes. Primero empecé con mis padres. Decidí quejarme sistemáticamente de haber heredado esos apellidos tan tan... dejadme pensar... tan poco originales y aburridos. Podían haberme llamado con nombres dignos y sofisticados como Graciela, Brisaida, Ludovica, Giovanna, Isabella; pero no, mi madre decidió que debía llamarme como mi bisabuela Antonia. ¡Qué poca

cabeza! Aunque, pensándolo bien, habría podido ser peor si mi padre hubiera insistido en que me llamara como la suya: ¡la bisabuela Maruja! Creo que directamente me hubiera enclaustrado en casa y emparedado en mi propio cuarto como las monjas de Navarra en la Edad Media. Lo digo porque nada me pareció tan horripilante como la historia que me contó mi madre sobre las monjas de Artajona, que decidían enclaustrarse para vivir encerradas durante toda su vida, apartadas y alejadas del mundo que conocían.

Mis padres me propusieron, creo que con un poco de guasa, que me cambiara el nombre y mantuviera los apellidos. Pero ¿de qué hubiera servido llamarse Penélope o Francesca Flores Pérez? De nada. Habríamos mejorado en un porcentaje muy bajo mi desdicha, pero ¡solo en un porcentaje muy bajo! La segunda propuesta fue que cambiara el orden de mis apellidos. Así, sería Antonia Pérez Flores. Aún recuerdo la cara de espanto que puse ante semejante proposición. ¿Pero lo habían pensado? El orden de los factores no alteraba el producto final.

“¡Yo los mato!”, pensé aturdida.

Después de hablar con mis abuelos, me decidí a abandonar el proyecto. Me dijeron que me pasaría la vida te-

niendo que demostrar que mis padres eran realmente mis padres y sometiéndome a interminables pruebas sanguíneas; con solo pensar en las agujas se me coagulaba la sangre. En verdad, eso no fue nada comparado con sus amenazas de desheredarme en cuanto abandonara la saga familiar y de no volver a dirigirme la palabra mientras vivieran, e incluso después de la muerte, ya que teníamos un pacto secreto: el primero que muriese estaba encargado de volver para informar al resto de lo que era el más allá con todo lujo de detalles, aunque para eso tuviera que darnos el susto más morrocotudo de nuestras vidas. Por supuesto, la primera en palmarla no iba a ser yo, ¡ni de casualidad!, así que intentaba estar preparada para poder aguantar la visita de ultratumba de uno de mis abuelos sin morirme al minuto siguiente de un ataque al corazón. Pero si era incapaz de ver una película de terror sin tener pesadillas durante semanas...

Al final la suerte se puso de mi lado. Fue mi querido amigo de la infancia el que me echó un cable al empezar a llamarme Tonia a todas horas; los compis de clase se apuntaron a esa moda en un santiamén. Por mi parte, ya he decidido no contestar a quien me llame Antonia, incluyendo

a los profesores. Ya sé que lo pagaré con una alta cuota de castigos, pero todo vale en mi lucha, y correré el riesgo. Hoy barreré la clase por hacerme la sorda con la profesora de Matemáticas. Mis compañeros se lo han pasado en grande mientras yo ponía esas caras de alelada tan propias de mí, y sin decir ni pío. Al final Jonás ha intercedido y ha dicho:

—Seño, se llama Tonia, ¿no se acuerda? Ha perdido la memoria y no recuerda su nombre anterior. Se llama To-nia.

Mis compañeros han estallado en carcajadas y creo que, queriéndome ayudar, mi mejor amigo la ha liado parada. Así que a barrer se ha dicho.

Pero la cosa no quedó aquí. Tenía que hacer algo con lo de Flores, así que no dudé en aceptar la propuesta de la pija de Carlota, que al regresar de un viaje de dos semanas de Nueva York, empezó a hablar como si estuviera mascando chicle, a emitir un escupitajo de saliva cada vez que pronunciaba la letra t, y a traducir nombres y apellidos al inglés siempre que podía. Era tan *fashion* que, de pronto, me convertí en Txonia Flowers. Lo de la tx me ponía de los nervios, pero lo de Flowers me encantó, y empecé a asistir

a los aburridos corrillos de patio para reafirmarme en mi nueva identidad; a partir de ese momento yo sería TONIA FLOWERS y punto. Nadie podría evitarlo y estaba dispuesta a barrer cada día el colegio entero si era necesario, pero también estaba convencida de que no haría falta. Mi vida había cambiado a mejor. Era como si me hubieran salido alas y yo hubiese despegado hacia el infinito. Bueno, si la horrenda de Carlota me dejaba.



Capítulo 2

Carlota



Esa pequeña cosita repelente parecida a una comadreja de ojos saltones y boca prominente que tenía la sorprendente cualidad de sacarme de mis casillas. Su aliento fétido destilaba veneno cuando hablaba y siempre que tramaba algo ponía esa sonrisa absurda que anunciaba lo peor. Tenía una pinta que no presagiaba su nivel de toxicidad. Pero sí, era letal, y más cuando movilizaba a su manada.

Su mente era retorcida, al igual que su pegajoso cerebro. Descubrí muy pronto que ser diana de sus fechorías era algo de lo que tenía que huir.

Así que propuse mantenerme a metros de distancia, a poder ser kilómetros, de Carlota, esa comadreja diabólica que pululaba por la clase acompañada de una pequeña tribu de hienas hambrientas.

Sé que creéis que a mí me cae mal, y no estáis equivocados. Tengo todo el derecho a decir eso después de haber sufrido en mis propias carnes su apestosa mordedura de vil reptil.

Supongo que a estas alturas pensaréis que exagero y que son cosas de mi imaginación. Claro, claro. Siempre me pasa lo mismo, nadie me cree al principio.

Sucedió todo nada más volver de las vacaciones de Navidad. No sé cómo se extendió esa moda tan asquerosa y repugnante de criar gusanos de seda. Creo que fue a propuesta de la profesora de Naturales. Esos seres blancos y lechosos, lentos y glotones que devoraban hojas de morera compulsivamente.

De nombre científico *Bombyx mori*, esas incipientes larvas que pasaban de un estado momia a convertirse en gordos gusanos que se metían en un capullo de seda para acabar como albinas mariposas, medio zombis, dándose porrazos en las paredes. Las muy torpes no volaban casi y vivían con un solo objetivo: perpetuar la especie. “Comer y fornicar”, “comer y fornicar”. Perdón, me olvidaba de otra cosa que hacían constantemente: defecar y defecar unas cagarrutas minúsculas como diminutas bolitas que

se convertían en un manto negro en la caja de zapatos que usaban mis compañeros para transportarlas.

Durante las clases se traficaba con gusanos de todos los tamaños y con bolsas de anchas hojas de morera que se vendían a un módico precio.

Ni que decir tiene que jamás participé en la compra o venta de semejantes criaturas, ni comercié con su alimento. Solo podía ofrecer muecas de asco cuando alguien abría un recipiente con gusanos a la vez que giraba la cabeza para no ver el espeluznante espectáculo.

Supongo que Carlota fue de las primeras en notar mi rechazo y su apestosa mente empezó a maquinarse una jugada que le salió que ni pintada.

En una de las clases, una de sus secuaces deslizó un gusano gigante por el cuello de mi camisa. Al principio no noté nada, pero de pronto me sentí incómoda: algo frío se movía por mi espalda. De repente di un brinco y me puse a saltar como una posesa. La profesora balbuceaba, mirándome atónita y sin saber qué hacer mientras la bandada de urracas se reía como locas. Durante unos fríos segundos mi mirada se cruzó con la de Carlota; me miraba con una sonrisa de plástico pintada en sus labios

helados y noté, entre espasmo y espasmo, todo su horrible desprecio.

Salí volando hacia el lavabo sin pedir permiso para quitarme la camisa y descubrir al pálido monstruo que ahogué convenientemente en el baño.

¡Qué superasco!

Tuve pesadillas durante semanas y la piel se me sigue erizando cuando pienso en ese ser paseándose por mi espalda.

Carlota, mi archienemiga. Mis ojos se encienden de ira cuando te ven y claman venganza.

